

hombres para llevarles á la dicha y á la inmortalidad. la moderna es el esterior del mundo, la palabra mudada, sin fuerza, sin eco, sin aliciente, que sale de la tribuna para ser escasamente escuchada, y que despues de haber recorrido todos los ángulos de las asambleas, vuelve desahogada al orador que la recoge entre algunos tímidos aplausos y con la conviccion profunda y dolorosa de su inejecia.

Pero los tiempos mudan, y para coger mañana es necesario sembrar hoy. Por fortuna el mundo no toca todavía á su término, y es inmenso el campo en el que venir de las naciones. Sus destinos varían algún día, y nosotros debemos trabajar y prepararnos para el momento de esa feliz coyuntura. Entonces la palabra será un poder, y sus conquistas pacíficas harán olvidar esas otras conquistas aparentes que han devastado el mundo cuando solo regia en él el ceño de la fuerza. Esperemos y trabajemos, que esperar y trabajar son las dos palabras sacramentales que encierran la suerte futura de los países civilizados.



en que el torrente primario de la revolucion arrancó y arrastró la obra de tantos siglos, dejando sus pedruzcos dispersos en las orillas de su cauce; ese tiempo es el que se nos cita como el siglo de oro de la elocuencia parlamentaria. Ese es cabalmente, y vamos á demostrarlo, pero ante todo es necesario no dejarse preocupar por el horror que inspiran aquellas escenas, porque los hombres son muchas veces como los niños, á quienes es necesario quitar el miedo que tienen á los vestigios.

CAPITULO III.

La revolucion francesa era un acontecimiento inestimable en el punto en que se verificó. La constitucion establecida en el parlamento de muchos años habia fijado nuevas teorías, nuevos principios, y creado nuevas necesidades. El serbo timon que de todas partes se levantaba, hacia conocer que las instituciones no se hallaban de acuerdo con las necesidades de la época.

Un tiempo y un tipo de elocuencia parlamentaria.

ANTES de entrar en la parte de preceptos, hemos querido ofrecer una época y un hombre como la representacion mas verdadera y exacta de esta elocuencia. Esto tendrá la doble ventaja de que nuestros lectores se dediquen á conocer aquella época, y á aprender al mismo tiempo en la pintura que la historia nos ha conservado del modelo á que vamos á referirnos. La época á que aludimos es la revolucion francesa; el tipo es Mirabeau. ¿Cómo, exclamarán algunos, ese tiempo señalado en los anales del mundo con caracteres de sangre y de fuego por la mano de la destruccion; ese tiempo en que se sacrificaba á las víctimas sin oirlas y sin contarlas, en que hasta la compasion era un delito que se expiaba en la guillotina; esa época que demolió una dinastía, y

en que el torrente bramador de la revolucion, arrancó y arrastró la obra de tantos siglos, dejando sus pedazos dispersos en las orillas de su cauce; ese tiempo es el que se nos cita como el siglo de oro de la elocuencia parlamentaria? Ese es cabalmente, y vamos á demostrarlo: pero ante todo es necesario no dejarse preocupar por el horror que inspiran aquellas escenas, porque los hombres son muchas veces como los niños, á quienes es necesario quitar el miedo que tienen á los vestiglos.

La revolucion francesa era un acontecimiento inevitable en el punto en que se verificó. La continua elaboracion del pensamiento desde muchos años, habia fijado nuevas teorías, nuevos principios, y creado nuevas necesidades. El sordo rumor que de todas partes se levantaba, hacia conocer que las instituciones no se hallaban de acuerdo con la opinion, y este es siempre un síntoma precursor de la ruina de los gobiernos. Las nuevas creencias y el sentimiento mal reprimido de odio contra todo lo existente, revolvian los combustibles, como el volcan revuelve en sus entrañas inflamadas la lava que despues vomita sobre los bordes de su cráter. La tempestad se desencadenó, y hasta las montañas que antes habian servido de dique y de cárcel á las olas, socavadas por su base, se desplomaron en pedazos con un estruendo espantoso. Pero la época de Mirabeau tuvo dias menos procelosos, y algunos de completa serenidad. En ellos sonaba su voz como suele retumbar el trueno antes que la nube arroje sobre la tierra el rayo que la hierre, ó las aguas que la inundan. «Y aun en los tiempos mas avanzados de la Convencion ¿no se ven rasgos los mas tiernos en los mismos hombres á quienes se echaba en cara tanta dureza y ferocidad? ¿No aparece muchas veces la virtud al lado del crimen? Danton y Camilo

Demoulin se abrazan tiernamente en el cadalso al lanzar la última mirada sobre la tiranía que habia decretado su muerte. El verdugo los separa, y Danton le dice: «Miserable; no impedirás que nuestras dos cabezas se junten bien pronto en el canasto.» Qué rasgo de amistad tan tierno y afectuoso! El mismo Camilo escribe á su querida Lucila desde el cadalso, una carta llena de amor y de enternecimiento, y que no puede leerse sin derramar muchas lágrimas. No: aquellos hombres tenian corazon: y si la corriente de los sucesos los arrastró á pesar suyo, ellos quisieron asirse para resistir, á una caña que vieron plantada en la orilla, y que rompiéndose en sus manos, hizo que se sumergieran cuando mas esfuerzos hacian para librarse de su fatal destino.

Pero separando la vista de esta época de sangre, de horrores y de crímenes, en la de la Constituyente habia lo que se llama vida pública; pero vida pública en todo su desarrollo, en toda su actividad, en toda su fermentacion: habia aquella curiosidad inquieta en todos, y aquella actividad fecunda é incansable en los hombres públicos, que llama, inaugura y forma á los oradores. Se habia corrido el telon para un grande espectáculo; el teatro era inmenso, los concurrentes agitados y conmovidos clamaban por actores, los oian con avidez, los colmaban de aplausos, y todo convidaba, todo seducia, todo allanaba los caminos que llevan á la tribuna.

¡Mas Mirabeau! Este nombre solo representa su época, porque los grandes hombres comunican su carácter á la época en que viven. Ese hombre de proporciones colosales, de inmensos talentos, de elocuencia mas inmensa todavía; de genio, de actividad y de valor supe-

riores aun á los talentos y á la elocuencia, ese fué el Dios de la tribuna, y el lugar que dejó vacío su muerte no se ha llenado, ni tal vez se llenará jamas. Pero tampoco otro hombre ha merecido elogios mas magníficos. Oigamos á Cormenin que nos ha trazado su retrato con esa destreza que se admira y no se imita, con ese lenguaje, mezcla feliz de la pompa oriental y de la exactitud matemática, que tanto poder y encantos da á la convicción.

“Cuando Cristóbal Colon (dice) despues de haber surcado la extension inmensa de los mares, se adelanta tranquilamente hácia el continente americano, de repente empieza á silbar el viento; brillan los relámpagos, suena la tempestad, las jarcias se rompen, el piloto se turba, y el navío va á perderse y á sepultarse entre las olas.

Pero mientras que los soldados y marineros hacen oracion de rodillas y se desesperan, Colon, confiado en sus altos destinos, toma el timon y le gobierna á través de los mugidos de la tempestad y del horror de la profunda noche; y sintiendo tocar en las playas del Nuevo Mundo la proa de su navío, exclama con una voz retumbante: ¡Tierra, tierra!

Del mismo modo cuando la revolucion se extraviaba con las áncoras rotas y las velas destrozadas por un mar sembrado de escollos y precipicios, Mirabeau en pié sobre la proa del navío desafía al estampido de los truenos y al horroroso fulgor de los relámpagos; y reuniendo los pasajeros aterrados, eleva en medio de ellos una voz profética y les señala con el dedo las tierras prometidas de la libertad. . . .

Mirabeau poseia todo el conjunto del orador, y en la tribuna era el mas bello de los oradores. Su corazon

y su mente eran el hervidero de todas las materias, como el volcan que condensa, amalgama, funde y revuelve las lavas antes de lanzarlas al aire por su boca inflamada. Su alma temblaba y retemblaba en los fogosos asaltos contra la tiranía, como los aceros que se sumergen en el agua acabados de salir de la fragua. A todo se plega, desde los amores de Sofía hasta las materias mas elevadas. A veces era flojo, incorrecto, desigual; pero siempre seductor por el colorido de su estilo, estilo mas bien para hablado que para escrito, como es el de los verdaderos oradores. Mirabeau por sus persecuciones y por sus luchas anteriores tenia hecha la educacion parlamentaria antes de que el Parlamento estuviese abierto. Hablaba correctamente el lenguaje político, cuando los demas solo sabian deletrearlo, y hablando mejor que los abogados del foro, mejor que los predicadores, fué orador antes de parecerlo, y aun tal vez antes que él lo supiera. Era dueño de la Asamblea por el renombre de su palabra, antes de serlo por la palabra misma. A su presencia desaparecian todas las demas notabilidades, ó mas bien giraban como satélites al rededor de este astro para hacerle brillar con mas clara luz. . . .

¡Qué pronunciada y vehemente fué su reprension al rey de Prusia! Si haceis (dice) lo que un hijo de vuestra esclava hubiera hecho diez veces al dia mejor que vos, los cortesanos dirán que habeis hecho una accion extraordinaria: si obedecis á vuestras pasiones, dirán que haceis bien: si prodigais el sudor de vuestros súbditos como el agua de los rios, dirán que haceis bien: si arrendais el aire dirán que haceis bien: si os vengais siendo tan poderoso, dirán que haceis bien: ellos lo dijeron, cuando Alejandro embriagado desgarró de una puñalada

da el pecho de su amigo: ellos lo dijeron cuando Neron asesinó á su madre.

En otra ocasion solemne, cuando es arrojado de su seno por el órden de la nobleza, Mirabeau se irrita, y comparándose á Graco proscrito por el senado de Roma, se despide con este formidable adios. En todos los paises, en todas las edades los grandes han perseguido implacablemente á los amigos del pueblo; y si por cualquier combinacion de la suerte se ha elevado alguno en su seno, á él es sobre todo á quien han herido deseosos como estaban de inspirar el terror por la eleccion de la víctima. Así pereció el último de los Gracos á manos de los Patricios; pero herido del golpe mortal, arrojó el polvo hácia el cielo invocando á los Dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mário. Mário, menos grande por haber esterminado á los Cimbros, que por haber abatido en Roma la aristocracia de la nobleza. Sí: porque los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno.

Se trataba de la acusacion de los Ministros, y de si la cámara habia de tener la iniciativa, y Mirabeau esclama: “¿Olvidais que el pueblo á quien oponéis el límite de los tres poderes, es la fuente de todos ellos, y que él solo puede delegarlos? ¿Olvidais que es el soberano á quien disputais el poder de censurar á sus administradores?”

Si se trata de una constitucion legal, se le oye decir: Con frecuencia solo se oponen las bayonetas á las convulsiones de la opresion ó de la miseria; pero las bayonetas no restablecen nunca mas que la paz del terror, y el silencio del despotismo. ¡Ay! No es el pueblo un rebaño furioso que sea preciso encadenar. Siempre tranquilo y comedido cuando es verdaderamente libre, no es violento y fogoso sino bajo un gobierno que le en-

vilece, para despues tener el derecho de despreciarle.

¡Qué rasgos tan admirables! ¡Qué elocuencia tan poderosa! Pero entonces el pueblo entero de Paris se mezclaba ansioso en las discusiones de la legislatura; entonces habia verdadera vida pública; la nacion, los ciudadanos, la Asamblea, todos estaban á la expectativa de los grandes acontecimientos: todos llenos de esa eléctrica y vaga emocion tan favorable á los espectáculos de la tribuna, y á los triunfos de la elocuencia.

Nosotros por el contrario, vivimos en una época sin fe y sin principios, devorados como estamos desde los pies á la cabeza por la lepra del materialismo político: hombres pequeños que nos hinchamos como una montaña, para no parir mas que un raton: nosotros, corretores de negocios, de carteras, de cintas, de sueldos; nosotros, gente de alza y baja: nosotros no comprendemos ni comprenderemos jamas todo lo que habia de conviccion y sinceridad, de virtud, de desinterés y de verdadera grandeza en esta famosa Asamblea Constituyente...

Nuestros padres han vaciado sus obras en bronce; nosotros las vaciamos en vidrio; ellos inventaban; nosotros copiamos; ellos eran arquitectos, nosotros no somos mas que albañiles.

Y á pesar de tantos medios, ¡Qué idea tan grande tenia formada Mirabeau de la Representacion Nacional! El cargo de diputado (decia) es superior á mis fuerzas; con estos temores es como abordo la tribuna.

Mirabeau premeditaba la mayor parte de sus discursos. Su comparacion con los Gracos, su alusion á la roca Tarpeya; su apóstrofe al abate Sieyes; sus famosos discursos sobre la constitucion, sobre el derecho de paz y de guerra, sobre el veto real, sobre los bienes del clero, sobre la bancarrota, sobre los asignados, sobre la esclavi-

tud, en que brillan y se desplegan tantos tesoros de ciencia y la profunda elavoracion del pensamiento, son trozos escritos.

Mirabeau despreciaba en la tribuna las preocupaciones, los sordos murmullos, y las temerosas impaciencias de la Asamblea. Inmóvil como una roca, cruzaba los brazos y esperaba el silencio."

Hasta aquí el elogio de Mirabeau en boca de Cormenin. ¡Qué hombre tan grande, qué talento tan fecundo, qué palabra tan arrebatadora! El disponia con su palabra como con una arma invencible, de la Asamblea, del poder, de la fuerza, de la opinion, de la Francia toda. ¡Y no obstante, terrible leccion para la posteridad y para los tribunos!

Aquella popularidad veleidosa desapareció como desaparecen los halagos de una muger inconstante; el amor y el respeto se convirtieron en odio, como sucede frecuentemente en los beneficios que se dispensan á los ingratos, y la estátua del orador despues de su muerte, se cubrió con un negro crespon, como se cubre con negro velo el rostro de los parricidas. Del panteon mismo á donde se habia conducido su cadáver en brazos de la multitud, fué desalojado, en medio de una noche oscura, á la escasa y medrosa luz de una sola lámpara, fué arrojado en medio de las imprecaciones del desprecio en la huesa comun de los criminales. Allí ha guardado largo y profundo silencio el hombre cuyas palabras de fuego habian conmovido el mundo, y su hermosa cabeza, la cabeza del leon que se sacude y hace estremecer, ha dormido largos años al lado de tantas otras cabezas cortadas por el hacha del verdugo.

Pero hagamos algunas observaciones acerca de este brillante panegírico. La primera que se ofrece, es que

Mirabeau aprovechó la feliz concurrencia de tantas circunstancias, sin las cuales no hubiera hecho probablemente otro ruido que el que produjeron sus lances amorosos y las perseecuciones obstinadas de su familia. Porque no basta nacer con disposiciones, ni cultivarlas con esmero: lo principal es llegar á tiempo, porque cuando no hay viento, ningun barco puede surcar la mar: ¿Cuántos diamantes estarán escondidos en las entrañas de la tierra, y cuántas perlas envueltas y ocultas entre las arenas del Occéano? ¿Cuántos genios permanecen ignorados en la oscuridad, y acaso en el mismo bullicio de las Cortes, porque las circunstancias no les ayudan para que puedan desplegar su poder y su energía? El orador no es de todos los tiempos; es de una sola época, alguna vez de un dia solo.

Sin agitacion, sin peligro, sin acalorado debate, permanece mudo, ó solo pronuncia palabras lánguidas que no revelan su fecundidad. El poeta inventa situaciones, las realza, se remonta á ellas, y se mece en aquellas regiones, obra exclusiva de su fantasía: pero el orador vive en el mundo real, y no puede salir de él para hablar el lenguaje elevado de la inspiracion, cuando todo lo que se mueve en torno suyo es comun y prosáico. Sin grandes acontecimientos, sin grandes intereses, y sin gran pugna, no puede haber grandes oradores. Pisistrato no lo hubiera sido, si su ambicion, sus proyectos y sus felices tentativas, no le hubieran presentado la ocasion y la necesidad de apelar á su facundia. Demóstenes sin Filipo y sin Alejandro, no hubiera tenido tantas ocasiones de derramar en el pueblo de Atenas su palabra terrible; y Ciceron, sin las conspiraciones de Catilina, y sin los demas sucesos ruidosos de Roma en aquel tiempo, no hubiera podido brillar de un modo tan extraordinario.

Así Mirabeau, sin la revolucion, hubiera defraudado sus destinos, y pasado sobre la tierra sin dejar en ella mas que los ecos transitorios de un espíritu ardiente é indomable, pero no un renombre imperecedero con las páginas inmortales del orador.

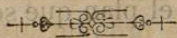
Cormenin nos dice que la cabeza de aquel genio era un hervidero. ¿Y qué significa esto, sino que en los años anteriores habia nutrido su espíritu con la meditacion incesante, sobre las ideas, sobre los hombres y sobre las cosas? La fragua no da un calor fuerte sino cuando está alimentada por abundante combustible. Esas meditaciones solitarias calientan el espíritu y le imprimen un tipo en que fácilmente vacia despues todas las fases del pensamiento; la meditacion pasa, pero el tono, el molde y la elasticidad quedan para otra vez.

Pero lo que mas contribuyó al desarrollo de las disposiciones oratorias de Mirabeau, fueron las persecuciones en que se vió envuelto, su larga prision, su profundo y continuo reflexionar sobre aquellos sucesos y sobre el cálculo de sus consecuencias, el temple, en fin, que adquirió su sensibilidad en la desgracia. Ha dicho un sábio que la virtud no se compra muchas veces sino á precio del infortunio; pero con mas razon pudiera decirse lo mismo de la elocuencia. En las situaciones felices de la vida, el hombre goza, pero no piensa. Su existencia se mece plácidamente entre los encantos que le rodean, como el pájaro tiende alegre su vuelo al través de las brisas suaves de la mañana, sin que necesite acudir á sus fuerzas, como cuando le abate el golpe de la lluvia, ó el ímpetu violento de los aquilones. Del mismo modo el corazon y el espíritu no hacen prueba de sus fuerzas sino cuando se ven contrastados por la adversa suerte. Entonces, y solo entonces, es cuando

se concentran en sí mismos; cuando ensayan su fecundidad y su poder, cuando se medita y se padece, y se llora, porque las lágrimas son algunas veces un bálsamo para las heridas que abrió el infortunio. Mirabeau en su encierro leyó, pensó y meditó mucho. Allí pudo conocer lo que es la arbitrariedad y lo que es la injusticia, y cuán triste es la suerte de las víctimas que se sacrifican á estas deidades infernales. Allí en el silencio y en el olvido, solo con su corazon y con su memoria, pudo penetrar todo el valor de los principios, única defensa del ciudadano indefenso; pero que por desgracia, para el déspota son delirios, para los gobiernos sueños, y para el filósofo abstracto meras y vanas teorías. Así su espíritu estaba preparado, no le faltaba mas que una ocasion para desarrollarse, y ésta se la proporcionó la revolucion. Era el gladiador amaestrado en los ejercicios de la lucha, á quien no faltaba mas que la arena del combate. Cuando se presentó en ella venció como era de esperar, porque tan grandes ventajas no permitían la posibilidad de que encontrase competidores.

Y no obstante el dominio que Mirabeau tenia en la tribuna, no obstante que aparecia en ella como un rey rodeado de esclavos, no obstante la colosal reputacion que se habia formado, es indudable que preparaba y premeditaba los discursos de cierta solemnidad y empeño. Esta preparacion pide algun trabajo, y por eso se suele descuidar; pero sin combinar de antemano las ideas principales, su colocacion, el método de esponerlas, y hasta el colorido alguna vez con que se deban presentar; sin bosquejar, en una palabra, en la mente en pocas, pero bien trazadas líneas, el plan que se ha de seguir, solo se pronuncian discursos confusos, desordenados, descosidos, sin emocion y sin atractivos; discursos que podrán agra-

dar un instante, pero que no podrán resistir el exámen frio é imparcial que es despues de la jurisdiccion de la crítica. Por último, Mirabeau, en los momentos borrascosos de la Asamblea, cuando se agitaban las facciones resentidas por sus palabras, se cruzaba de brazos, y encerraba en el silencio. Menester es que el orador vaya siempre prevenido contra este peligro, y que sepa arrostrarlo en calma cuando se presenta. Los hombres nulos en los parlamentos, los que no pueden hablar, necesitan algun desahogo, y lo buscan y encuentran en este medio vergonzoso y repugnante. Quieren turbar al orador y hacerle experimentar el poder del sarcasmo, ya que no pueden oponerle el contrapeso del talento. Esta es una violencia que se hace á los oradores, porque privarles de la serenidad del espíritu y del raciocinio, equivale á negarles el derecho de la palabra. Y sin embargo, estos ataques insidiosos y rastreros que hasta la educacion condena, se repiten harto frecuentemente. El orador debe ir á la tribuna apercebido; y cuando estalle una revolucion mezquina de las medianías intolerantes, esperar la calma, y en ella anudar nuevamente su discurso, cuando esté seguro de que siquiera el pudor obligará á los demas á escucharle aun que les sean sus palabras amargas y enojosas. Sobre todo que esté seguro que como hiera las preocupaciones ó intereses de los que le escuchan, á proporcion que mas grandes sean las verdades que anuncie, á esa misma proporcion será mas grande la grito y el escándalo. Los hombres tienen siempre un santo celo por todo lo que les conviene.



CAPITULO IV.

Imposibilidad de conocer al orador parlamentario por los discursos que publican los periódicos y el diario de las sesiones; y mas aún por la reseña que de ellos se hace.

EN los pueblos que se hallan á distancia del teatro de la accion parlamentaria, se espera con ánsia y aun con creciente impaciencia la llegada del correo, siendo lo que mas escita la curiosidad general las sesiones de los cuerpos deliberantes. Cualquiera tardanza alarma los ánimos, y da lugar á mil comentarios y versiones. Llegados que son al fin los anhelados papeles públicos, un lector escogido se apodera de ellos, busca ante todo las sesiones de las cámaras y las lee con voz reposada y solemne, en tanto que todos escuchan en recogido silencio, y *auribus erectis*, como los Hebreos oian la lectura de los libros sagrados. Se cree como punto de fe católica que los discursos de los diputados y senadores están copiados como se pronunciaron, sin faltarles ni sobrarles una letra; y por mas que nos duela destruir es-